LIBERALES, ABSOLUTISTAS Y TRADICIONALES

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA.

Nada más lejos de mi propósito, y creo también que de los del Congreso, que daros una lección de Historia. Entiendo el «Qué nos enseña la historia» no como una enseñanza muerta de hechos más muertos todavía, sino como la vivencia hoy de acontecimientos pasados para ilustrarnos no sobre ese pasado sino sobre el mañana de nuestra patria y de nuestros hijos.

La historia es maestra de la vida. Los pueblos que no conocen su historia están destinados a repetir sus errores. Frases muy conocidas. Frases muy verdaderas. Y frases que necesitan de una correción en el hoy de nuestra España. Porque parece que la historia no nos enseña nada y parece también que estamos abocados a repetir el más estéril, el más desgraciado de los siglos españoles, al menos desde aquel siglo VIII en que nos invadieron los musulmanes: el siglo XIX.

Sobre él van a discutir estas meditaciones en alta voz con mucha más voluntad de futuro que propósitos historicistas. No porque no importe el pasado. Que importa. Y que condiciona el hoy y el mañana. Como hemos de ver. Sino porque hemos de mirar hacia adelante, ya que en esa andadura nos espera la gloria o el deshonor. Aquí, en nuestra patria terrenal y, sobre todo, en la Jerusalén celestial que nos aguarda si sabemos, con ayuda de Dios, correr bien la carrera de esta vida.

Pero sentado este propósito, no he de ser yo quien repita el que los muertos entierren a sus muertos, al menos en su sentido obvio y natural que no en el que fueron pronunciadas. Porque son nuestros, porque dieron todo lo que tenían por nosotros, porque su gloria es la gloria de España y sus pecados, nuestros pecados. Triste país aquel

Fundación Speiro

que no tiene de qué enorgullecerse en su pasado. No es ese nuestro caso. Nosotros somos herederos y continuadores de unos anhelos y de unos sacrificios que por siglos pasmaron al mundo. Y, permitidme decirlo, que emocionaron a Dios.

Esa en nuestra historia. Esa fué la gesta unánime de un pueblo que, desde las tinieblas de la gentilidad, se preparaba —o Dios mismo lo preparaba, como a aquel otro pueblo escogido— para asombrar al mundo con la espada de su coraje y con la cruz de su fe. Yo no sé si esto es nacionalcatolicismo, triunfalismo o lo que queráis. Era la fe de mis mayores y es la que quiero para mis hijos. Con ella, se ama más a España y se sirve mejor a Dios. Y esto conseguido, poco me importa que eclesiásticos o laicos, a los que parece traerles sin cuidado Dios y España, me digan que aún vivo en el Concilio de Trento o que tengo ideales ya definitivamente muertos de cristiandad. Prefiero a Felipe II que a Azaña, a Ignacio de Loyola que a Lutero y a Donoso que a Maritain. Y no es preferir la palabra adecuada. Porque los primeros son la España de mis amores y los segundos el mundo de mis aborrecimientos. Y entre el bien y el mal no se prefiere sino que debe quererse al uno y odiarse al otro. Lo siento si resulto poco ecuménico o incluso poco postconciliar. Pero, y hora va siendo ya de declararlo abiertamente, debéis tener en cuenta que en no pocas ocasiones, me atrevería a decir que casi siempre, esas palabras que hoy llenan la boca de clérigos y seglares, algunos de muy alta graduación, han tenido en este castellano viejo en el que enseñamos a rezar a todo un mundo una traducción tan sonora como verdadera: traición.

Nada os oculto, pues, para llevaros más o menos inadvertidamente a mis conclusiones. Aquel verso de Machado en que una de las dos Españas ha de helar el corazón al españolito que viene al mundo es en el poeta doblemente falso. En primer lugar porque no hay dos Españas sino solamente una. La otra, de España no tiene nada. Y en segundo lugar porque si existiera esa segunda España, esa es precisamente la que debería helar el corazón a todo español bien nacido. Para Machado, en cambio, la España del honor y de la gloria era sólo la España zaragatera y triste. Denunciada la falsedad, aceptemos por

Fundación Speiro

un momento la dialéctica machadiana. Pues bien, en ese caso mi España, y la vuestra, es la otra.

La España de Sagunto y de Numancia. La España de Viriato. La España del Apóstol del Trueno y de San Pablo. Y del Pilar Cesaraugustano. La España que en el III Concilio de Toledo se entregó definitivamente a Cristo como pueblo y que desde entonces, en la victoria o en la persecución, fue la nación más católica, más universal, del mundo.

Covadonga, la Reconquista, las Indias, Mulhberg, Lepanto, el Dos de Mayo, la Cruzada de 1936... Y nuestros santos, nuestros escritores, nuestros pintores, nuestros soldados, nuestros mártires. Siglos de pueblo con un solo corazón y un solo propósito.

Hasta que... en el siglo XVIII, antes de ayer, influencias extrañas introdujeron dos gérmenes fatales que, desarrollados, desembocaron en las dos enfermedades que debilitaron a un pueblo que parecía superior a todos los demás del universo mundo. La enfermedad del siglo XVIII se llamó absolutismo. Y liberalismo la del siglo XIX. Hablando en términos generales, porque ambas coexistieron, y todavía coexisten, en su empeño por minar un organismo antaño sano y robusto y hoy apenas sombra de lo que fué.

España fue siempre un pueblo altivo que supo mantener a raya a sus reyes. Cada uno valemos tanto como vos y todos juntos más que vos no es una frase, feliz o desafortunada, de un tiempo histórico. Es la respuesta, impertinente si se quiere, del íntimo convencimiento de que son los reyes para los pueblos y no los pueblos para los reyes. La vieja sentencia isidoriana del *Rex eris si recte facies, si non facies non eris,* responde perfectamente al sentir histórico de los españoles. Y este pueblo tan poco absolutista, tan celoso de su libertad, amó a sus reyes como ninguno y les guardó una fidelidad que en no pocas ocasiones era digna de mejor causa.

La historia del siglo XIX, que fué la historia de tantas cosas, es también la historia de ese amor y de esa fidelidad. El pueblo de Madrid se subleva porque el francés pretende llevarse a un infante niño que era la última prenda de la Monarquía española. Y pensad lo que significaba de valor y fidelidad aquella sublevación de un pueblo desarmado frente al ejército que dominaba a Europa. El amor

Fundación Speiro

a los reyes fué uno de los principales elementos que atizaron aquella guerra inmisericorde y desigual en la que toda España se enfrentó al francés. Y el rey prisionero, con bien pocos merecimientos por su parte si alguno tenía, pasó a ser "el Deseado" para una nación que todo lo sacrificaba a su regreso.

Las guerras carlistas fueron también ejemplo de entrega y de españolismo de unas provincias en las que hoy se quiere presentar a lo antiespañol como consustancial a su ser y a su historia.

Pues bien, en el siglo XVIII, con la llegada de la Casa de Borbón, la Monarquía española, siguiendo el ejemplo de Francia, pasó a ser una monarquía absoluta en la que la voluntad del rey fué la ley. El pueblo no se percató pronto del cambio y su afecto a los monarcas no se entibió. Si las cosas no iban bien se buscaban otros culpables, como Esquilache o Godoy. Pero las consecuencias pronto iban a sentirse.

Agavaba más la cuestión el que, así como en Francia la Casa de Borbón daba figuras excepcionales como un Enrique IV o un Luis XIV, sus parientes españoles presentaban una pobrísima imágen de lo que debía ser un rey. Y aprovechándose de esa mínima talla hizo su aparición el otro germen aludido, al menos, en el principal de sus aspectos, que era el antirreligioso. Con Carlos III llegó el Enciclopedismo y lo que empezó por Roda, Aranda, Floridablanca y la expulsión de los jesuitas se traduciría cuarenta años más tarde en Argüelles, Quintana, la Constitución de Cádiz y la cadena ininterrumpida de sus epígonos, que llega hasta nuestros días.

Y es importante señalar que el anticatolicismo de aquellos políticos de Carlos III y de Carlos IV iba íntimamente unido a su absolutismo. No es que fueran los mismos perros con distintos collares. Es que coincidían los collares y los perros.

Situémonos por un momento en aquellos días en que agonizaba el antiguo Régimen. La Enciclopedia y la masonería habían minado el tronco de las antiguas monarquías y la cabeza de Luis XVI había rodado en el cadalso. El jansenismo y el galicanismo habían debilitado la solidez de la Iglesia y la autoridad del Pontífice. Pío VI y Pío VII eran prisioneros de Napoleón, que derrotaba una y otra vez a los ejércitos de los monarcas europeos. El principio de la soberanía popular, que hoy invocan hasta nuestros obispos, se erguía contra la

Fundación Speiro

tradicional doctrina católica que afirma que el poder viene de Dios.

En esa situación, con los reyes, padre e hijo, prisioneros y rivalizando en vilezas ante Napoeón, con la nación invadida por un ejército que parecía absolutamente invencible, el pueblo español se lanza a la lucha contra el invasor.

Llegados a este punto casi os pediría que olvidaseis todo cuanto hayáis leído de la historia de España, pues todo es falso. Porque salvo Menéndez Pelayo, Vicente de la Fuente —por favor, que no se confunda con Modesto Lafuente, uno de los peores historiadores que padeció nuestro siglo XIX— y contados historiadores más, todos los restantes han escrito una fábula que nada tiene que ver con la realidad. Y que es, en gran parte, culpable de que en 1976 estemos tratando de volver a la Constitución de 1876, en un progreso de cien años hacia atrás, cuando no a la mismísima del año Doce.

La fábula dice poco más o menos así: El pueblo español, que aborrecía el absolutismo, se sublevó contra el francés para reconquistar sus libertades tradicionales. Las Cortes de Cádiz, fiel trasunto de nuestras Cortes tradicionales, dieron al pueblo lo que pedía en medio del general entusiasmo. Pero vuelto Fernando VII, monstruo inimaginable de crueldad, amigo de cuanta zafiedad imaginarse pueda, que gobernaba a instancias de aguadores y criados, con ayuda de esa camarilla absolutista, sumió al país en el terror del sexenio en los que la sangre de los patriotas regó abundantemente la tierra española. Las mazmorras, que naturalmente eran lóbregas, estaban abarrotadas de indefensos ciudadanos que eran salvajemente torturados por duques y frailes. El pueblo indignado y arrostrando los más inauditos peligros se subleva al mando del valiente Riego pero es aplastado por el ejército francés de los Cien mil hijos de San Luis. Riego, Torrijos y miles de honrados españoles pagan con sus vidas sus ansias de libertad en la "ominosa década" que sigue al Trienio liberal. Hasta una mujer, Marianita Pineda, es ejecutada por bordar con sus manos blancas la bandera de la libertad. Pero las ansias del pueblo no pueden dominarse perpetuamente y, a la muerte de Fernando VII, vuelve a instaurarse la libertad. La camarilla absolutista se agrupa al lado del hermano del rey difunto y desata una guerra cruelísima contra una pobre niña que solamente desea que el pueblo español sea dueño de

Fundación Speiro

sus destinos. Hay algunos incidentes promovidos por los absolutistas que no se resignan a dejar de oprimir al pueblo, pero el pueblo los venga matando a alguno de ellos, generalmente frailes. Alguno de los fabulistas distingue entre pueblo propiamente dicho y populacho. Compuesto este último por una insignificante parte del anterior que englobaba solamente a todos los campesinos y a parte de los ciudadanos y que eran tan rudos y montaraces que en lugar de preferir la libertad seguían haciendo caso de las patrañas de curas y frailes. Pero a fuerza de instrucción —suele callarse que militar y no precisamente ejercicios de orden cerrado sino con fuego real y sobre ese inmundo populacho— fueron apreciando las dulces delicias de la libertad, con lo que el país va progresando. Se despoja a la Iglesia, con el santo fin de hacerla semejante a su divino Fundador que no tenía donde reclinar su cabeza, de los inmensos bienes que había arrebatado al pueblo gracias a las superstición que inculcaban a los campesinos unos frailes rapaces que ya no creían en Jesucristo sino sólo en su propio bienestar material. Y que naturalmente eran gordos, mujeriegos y bebedores. La pobre niña al ir creciendo va saliendo en maldad y felonía a su difunto padre, y el pueblo, en uso de su soberanía, la expulsa del trono de sus mayores. Una República que todos querían es liquidada por la fuerza bruta de un militar que irrumpe en el Congreso a bayoneta calada. El ejécito, sostenedor de los privilegios de la oligarquía frente al pueblo, trae de nuevo al trono a un hijo de la exniña y exreina pero las fuerzas sociales cada vez con más actividad van logrando imponerse, pese a injustos golpes militares como el del general Primo de Rivera, hasta conseguir de nuevo que el pueblo soberano, dueño exclusivo de sus destinos, proclame en 1931 una era de democracia, paz y libertad que nuevamente es ahogada en sangre por el ejécito oligárquico y capitalista. Pero este es ya un capítulo muy reciente que no necesito recordaros.

Para esta historia que he caricaturizado, pero en la que encontraréis los rasgos fundamentales de los textos de Toreno, Bayo, Lafuente, etc., etc., España está dividida en dos partes: los liberales, donde está personificado el bien sin mezcla de mal alguno, y los absolutistas que son el mal integral.

Sin embargo la realidad fue muy otra. Cuando la invasión francesa

Fundación Speiro

y la marcha al exilio del rey y la real familia, el pueblo español se alzó como un solo hombre contra los invasores, sobre todo por motivos religiosos. La guerra de la Independencia fue una verdadera guerra religiosa alentada por la Iglesia y en la que el pueblo estaba convencido de que peleaba por Dios contra los asesinos de sacerdotes franceses, contra los que tenían en prisión al Papa, contra los que habían abolido la Inquisición, saqueaban las Iglesias y suprimían las órdenes religiosas. A esto se añadía naturalmente el sentimiento monárquico y el patriotismo, pero sin merma de la primera motivación. Las pruebas de lo que afirmo son irrefutables y se deducen, entre líneas, de la mismas historias liberales.

Ante esa explosión popular hubo dos tipos de conducta que discordaron con las profundas convicciones de los españoles. Pero que las apariencias externas no nos confundan porque esos dos modos de actuar tenían vinculaciones muy profundas y coincidencias demasiado significativas. Afrancesados y liberales querían lo mismo, aunque por distintos medios. Unos y otros eran además los hijos legítimos de los absolutistas cuando no, incluso, las mismas personas.

Aquí, pues, las palabras pueden jugarnos una mala pasada y en vez de definir y clarificar tal vez confundan y hagan oscuro lo evidente. Si se quiere hacer una clasificación dual no es válida ni lícita la de absolutistas y liberales, pues dejaría fuera a la inmensa mayoría de los españoles de entonces. De partir a España en dos sectores, que no mitades, pues repetimos que uno de ellos integraría a la casi totalidad de los españoles, tendríamos que recurrir a llamarles revolucionarios y contrarrevolucionarios o tradicionales. Y entre los revolucionarios estarían tanto los absolutistas como los liberales. Si bien los primeros serían revolucionarios, no en el sentido de querer una revolución, sino en el de mantener un orden revolucionario como lo era el de la monarquía absoluta.

Lo que a simple vista puede parecer una paradoja no lo será a nada que profundicemos en el sentido de la Revolución. Apelemos a su clásica definición como el intento de edificar la sociedad sobre la voluntad del hombre en lugar de hacerlo sobre la voluntad de Dios. Sobre la voluntad del hombre: que puede ser el pueblo soberano o el monarca absoluto.

Fundación Speiro

Cierto es, y ello introduce un punto más de confusión en el tema, que aquellos monarcas absolutos se sentían y profesaban cristianos por encima de sus pecados e incluso de sus ataques a la Iglesia. Su Majestad Católica, Su Majestad Apostólica, el Rey Cristianísimo... Pero no hay que olvidar tampoco que eran los reyes del exequatur y la retención de bulas pontificias, de la persecución a la Compañía de Jesús, del galicanismo y el josefismo, del Sínodo de Pistoya y de las incesantes intromisiones en el gobierno espiritual de la Iglesia. Revolucionarios, pues, por derecho propio y torpemente revolucionarios además, ya que con una ceguedad pasmosa y suicida arruinaban sus propios tronos alimentando con sus mismas manos a los que no se iban a detener en las puertas de sus palacios sino que las traspasarían a sangre y a fuego. Porque el principio de la soberanía popular no es sólo anticatólico sino que es también esencialmente antimonárquico.

Estas ideas las debéis tener muy claras porque la confusión es arma favorita de los revolucionarios y son consecuencias de ella el robustecimiento de la revolución y el consiguiente debilitamiento de las fuerzas tradicionales.

Liberales, absolutistas y tradicionales es el título de esta conferencia. Y verdaderamente esas palabras responden a tres realidades españolas. Pero no como las interpretan los liberales que contraponen los primeros a los segundos a los que identifican con los terceros, sino dentro del contexto de Revolución y Contrarrevolución o, lo que es lo mismo, en la eterna lucha entre Dios y Belial, entre los hijos de la luz y los de las tinieblas.

En esta perspectiva serían revolucionarios tanto los liberales como los absolutistas y no lo serían los tradicionales. Y esta distinción teórica se apreció con toda nitidez en los hechos. Frente al pueblo en armas, que respondía a una ideología tradicional más o menos consciente, surgieron los afrancesados y los liberales. De los primeros, absolutistas puros o liberales también, no hemos de ocuparnos pues la nota de traidores los descalificó ante sus conciudadanos y los esterilizó para el futuro.

Los liberales, por esos mismos días, se apoderaban en Cádiz, con una maniobra sutil y habilísima, del Gobierno de la nación. Y en

Fundación Speiro

nombre de la Libertad inauguraron una dictadura que nada tuvo que envidiar ni al régimen absoluto anterior ni al que después instauró Fernando VII.

Las medidas antirreligiosas, la persecución de obispos, la coacción a los diputados que no comulgaban con sus ideas, la adopción de leyes que contrariaban totalmente el sentir del pueblo y que sólo podían parangonarse con las del enemigo invasor están reflejadas en todos los documentos de la época. El "Rancio", Vélez, Quevedo y Quintano, los "Persas", los obispos refugiados en Mallorca, Lardizábal, el P. Strauch y todos los diputados tradicionales que se batieron con más o menos coraje contra las ideas revolucionarias os darán amplia cuenta de ello. Algunos trabajos míos han pretendido con mayor o menor fortuna volver por los fueros de la verdad. En VERBO los encontrará quien tenga interés en ello y no os aburriré ahora con datos eruditos. Pero conviene señalar la protesta unánime de un pueblo ante unas leyes contrarias a sus amores y a sus lealtades.

En un principio no vieron mal los españoles, al menos los que pensaban, la convocatoria de unas Cortes al modo tradicional para limitar el poder absoluto de los monarcas que tan mal resultado había dado en la gobernación del reino. Leed los informes de los obispos y de los altos representantes de los cuerpos del Estado y veréis cómo se deseaba, en plena fidelidad a la monarquía, la restauración del sistema político tradicional en España.

Pero los liberales querían otra cosa. Pura y simplemente la soberanía popular. Su implantación pudo pasar inadvertida para un pueblo que ni la quería ni la entendía. Fué una figura impar de nuestro episcopado, el gran obispo de Orense Pedro de Quevedo y Quintano, patriota insigne, Regente del Reino, Cardenal de la Santa Iglesia y muerto en olor de santidad, quien dio el grito de alarma negándose a jurar lo que su conciencia no le permitía.

Porque, digan lo que digan hoy jerarquías de la Iglesia o del Estado, la soberanía popular no es aceptable para ningún católico. Ya que implica que el bien o el mal quede sometido a la voluntad del pueblo en lugar de depender de la voluntad de Dios. Es, como hemos visto, la pura revolución. Lo demás, las ejecuciones, el terror, las cárceles, los campos de concentración, los atentados, la tortura, todo lo

Fundación Speiro

que horroriza al ciudadano pacífico que aspira a la paz y al orden, son sólo aspectos externos y circunstanciales de la Revolución. Rechazables, desde luego, pero que deben ser objeto de un rechazo de segundo orden, ya que sólo son la consecuencia de una causa. De prescindir del orden querido por Dios y de sustituirlo por la voluntad del hombre. Es a ese principio al que debemos oponernos y consiguientemente veremos desaparecer las consecuencias más hirientes del mismo.

Obrar de otro modo no conduce a nada. Tal vez en un momento dado consigamos un triunfo sobre la pornografía o retrasar por unos meses o quizá por unos años la legalización del aborto o la eutanasia. No nos engañemos. Son victorias pírricas que a la larga se convertirán en nuevas derrotas si no devolvemos a la sociedad los sanos principios por los que debe regirse. Si no convencemos a los hombres de que la democracia es el mal, de que la democracia es la muerte, como decía Maurras, como tantas veces nos ha recordado Eugenio Vegas.

No se me oculta que, dada la conquista de las mentes por la Revolución, serán muchos, tal vez la inmensa mayoría, los que repetirán aquello de cuán duras son estas palabras. Y que siguiendo la técnica en la que fueron maestros nuestros liberales del siglo XIX, tacharán a los "tradicionales" de hoy con los mismos epítetos que entonces. Y volveremos a ser absolutistas y serviles o, en la traducción moderna, integristas, reaccionarios, ultras o fascistas.

Como entonces, no tienen hoy otro proposito que descalificar a quienes se niegan a aceptar la Revolución. Nada les importa que no respondan a la realidad e incluso que sean absolutamente contrarias a la misma. Responden al deliberado propósito de una minoría que sabe muy bien lo que quiere y que sabe muy bien quiénes somos sus verdaderos enemigos.

De ahí el interés en desacreditarnos ante la masa de la gente que reacciona ante unas palabras que previamente se han convertido en símbolos, aun sin entender su significado.

Ante ello cabe una postura mil veces utilizada y siempre con pésimo resultado para nuestros ideales. Sería decir que nosotros éramos demócratas y liberales. Y algo de razón tendríamos. Porque

Fundación Speiro

nadie ha defendido a las verdaderas libertades del pueblo como el pensamiento tradicional que fue, por lo mismo, opuesto siempre al absolutismo. Pero eso no es democracia ni liberalismo. El control del poder para evitar sus abusos, la representación de la sociedad en las Cortes y Consejos, el respeto a la verdadera ley, el interés por las clases más necesitadas integradas por personas que son tan hijos de Dios como el mismo monarca, en vez de considerarlas simple carne de cañón o únicamente poseedores de un voto que hay que conseguir a costa de cualquier engaño, han sido constantes del pensamiento tradicional.

Las medias tintas, la aceptación del mal menor como bien absoluto, el "ralliement", los cristianos para el socialismo y el diálogo con el marxismo han tenido siempre unas consecuencias deplorables para la causa en que creemos y por la que luchamos. La prudencia como virtud debe ser siempre patrimonio del católico, pero la prudencia como cobardía está siendo demasiado frecuente en nuestras filas y la experiencia nos dice que no conduce a nada bueno. Por eso, frente a la democracia y al liberalismo, debemos ser tajantes y claros. No podemos aceptar lo que no es lícito aceptar. Aunque ello nos hiciera pasar por personas amables y que navegan a favor del viento de la historia.

Debemos, sin embargo, tener algo de aquella astucia de la que nos habla la Sagrada Escritura para no empeñarnos en batallas perdidas de antemano, a no ser que la fe y el propio honor lo exijan en un momento dado. Y teniendo siempre presente que no debemos hacer una revolución en contrario, sino lo contrario de la Revolución. Donde ella destruye, nosotros crear; donde mata, dar vida; donde masifica, organizar la sociedad; donde pretende borrar el nombre de Dios, profesarlo con coraje y alegría en la seguridad de que se nos reconocerá en el cielo.

Pedro de Quevedo, el obispo de Orense, bien lo comprendió y sufrió persecución y cárcel por ello y llegó después hasta a ser despojado de su condición de español. Inicua conducta de los liberales que luego se ha repetido a lo largo de la historia en escarnio de esa

Fundación Speiro

libertad que dicen profesar. La coplilla popular recoge admirablemente esta falsa y sectaria utilización de la libertad:

"El pensamiento libre proclamo en alta voz
y muera el que no piense igual que pienso yo".

Por aquellos días gaditanos la oposición popular a la legislación y al gobierno liberal fue in crescendo hasta alcanzar su cota más alta cuando se abolió la Inquisición. Los obispos, los cabildos catedralicios, los ayuntamientos, los generales y oficiales del ejército, el pueblo y la nobleza reclamaron por el mantenimiento o la restauración de un Tribunal que pese a quien pese, los españoles querían y juzgaban necesario para la conservación de la fe tan maltratada ya desde los periódicos liberales de Cádiz o desde las páginas del Diccionario crítico burlesco de Bartolomé José Gallardo. Con irrisión del artículo constitucional que aseguraba la defensa de la Religión.

Pero el clamor popular fué desechado y la minoría liberal siguió imponiendo a la gran mayoría de la nación sus ideas. Lardizábal, Colón, el marqués del Palacio, arzobispos y obispos, el Vicario capitular de Cádiz, los diputados tradicionales... conocieron la burla y el insulto y en ocasiones vieron en peligro hasta sus vidas. Las tribunas de las Cortes coaccionaban con su griterío mercenario la defensa de la tradición española mientras animaban con vivas y aplausos las más radicales posiciones revolucionarias.

Y así llegamos a la derrota del francés y al regreso de Fernando VII. Fué este rey, posiblemente el más amado de sus súbditos hasta casi el final de su reinado, uno de los más indignos representantes de la monarquía española. Los insultos a su madre, por más justificación objetiva que tuvieran, son vergonzosos en cualquier hijo; el conspirar contra su padre, para imitar al llegar al trono su sistema de gobierno, no parece tampoco ejemplo de amor filial; su conducta con Napoleón, felicitándole por sus triunfos ante los ejércitos españoles, traspasa los límites del propio decoro para entrar en los de la felonía. Mal hijo, mal español y mal rey, astuto y desconfiado, incapaz de apreciar en los demás cualidades del alma que él no poseía —y bien pocas le adornaban—, regresó a España entre el delirio del pueblo que aclamaba en él a todo lo contrario de lo que Cádiz significó.

Fundación Speiro

Fernando VII hubiese jurado la Constitución, aunque personalmente no le agradase, como cualquier otra cosa que le hubiesen presentado. Luego la habría de jurar sin grandes resistencias. Como también desde el primer momento habría de buscar los medios para quebrantar el juramento que le hubiesen impuesto. Pero no fué ese el caso porque el pueblo, el clero y el ejército le pidieron como primera medida la derogación de la legislación liberal. Lo que el rey se apresuró a hacer. Y con muchísimo gusto.

A este respecto es capital el Manifiesto que 69 diputados de las Cortes ordinarias, a la sazón reunidas en Madrid, dirigieron al rey y entregaron por mano de Bernardo Mozo de Rosales, luego marqués de Mataflorida, a Fernando VII en Valencia.

El que ha pasado a la historia como "Manifiesto de los Persas" es uno de los más claros desmentidos a esa clasificación dual en liberales y serviles tan cara a la historiografía que ha venido imperando en nuestra patria. Porque el Manifiesto de los "Persas", con ser antiliberal, no tiene nada de absolutista. Y rechaza expresamente la monarquía arbitraria, ya que para ellos el rey no es el omnipotente dictador que tiene al pueblo a su servicio, sino una institución que existe para el bien de los pueblos y que está limitada en sus actuaciones por la ley de Dios, por la justicia y por las leyes fundamentales del reino.

Y esta oposición al absolutismo la hallaréis en todo el pensamiento tradicional. Ya en pleno Antiguo Régimen, Pedro de Quevedo, el obispo de Orense, se oponía con todo vigor al Decreto cismático de Urquijo del que muchos prelados, estos sí absolutistas como el luego afrancesado arzobispo Arce o el filojansenista y liberal Tavira, cantaron sus excelencias antirromanas. Y se negó a entregar la plata de las iglesias a Carlos IV mientras los ricos y el mismo rey no entregasen antes sus bienes superfluos y redujeran los gastos de su tren de vida. Porque desdice mucho del catolicismo, decía el obispo, el que los reyes y los nobles coman en vajillas de oro y de plata mientras que el Rey de Reyes y Señor de los que dominan ve expoliado su santuario.

No es que Quevedo se negase a subvenir a los gastos de la guerra. El personalmente ofrecía sus bienes propios y aun los de la Iglesia.

Fundación Speiro

Pero estos últimos, que eran patrimonio de Dios y de los pobres, no debían estar a disposición del primer arbitrista como recurso fácil y cómodo del que echar mano. Utilícense, y en buena hora, en defensa de la patria y del Rey y en una causa tan justa para Quevedo como lo era la guerra contra la Revolución francesa. Pero utilícense cuando el rey haya empeñado sus riquezas y la aristocracia las suyas, y los comerciantes y los obispos sus rentas y bienes propios. Y esto es, para los liberales, un obispo absolutista.

Y desde entonces acá puede seguirse ininterrumpidamente la cadena del pensamiento tradicional que rechaza el absolutismo. Los "Persas", los carlistas con la defensa del foralismo para ellos entrañable y esencial, Balmes y Donoso, los Nocedal, Aparisi, Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, Pradera, Maeztu, Acción Española, de la que nos honramos en tener entre nosotros al que fué su fundador y su alma, Eugenio Vegas Latapie, de cuyo magisterio tengo la satisfación de tenerme por el último de sus discípulos. Y no el último en el tiempo, que otros hay ya mucho más jovenes que yo, que he dejado de serlo, y más que vendrán porque antes o después siempre termina triunfando la verdad.

Pienso que Acción Española y la Cruzada que justificó, fueron la última de las ocasiones perdidas de la España tradicional muerta a manos de Serrano Suñer, de Ridruejo, de Laín, de Tovar, de todos los liberales de hoy que ayer eran absolutistas y que, ni como lo uno ni como lo otro, podían aceptar la savia vivificante de la tradición española tan distante del totalitarismo, cualquiera que sea su signo, como del liberalismo.

De su conducta y de la de todos los que desbarataron ocasiones anteriores debemos aprender lo que nos enseña la historia para que, si de nuevo nos vemos ante el dolor y ante el honor que repetidamente vivieron nuestros mayores, ante el dolor de una España rota, insolidaria con su Dios y con su pasado, y ante el honor de que esa España entrañable requiera de nosotros, de sus hijos, la esperanza y la salvación, sepamos no sólo vencer o morir en las trincheras sino también asegurar para después de la victoria el triunfo ideológico que no ahora, sino desde hace muchos años, se nos había ido de las manos. Porque aquí, queridos amigos y correligionarios, hemos perdido en

Fundación Speiro

la paz lo que tanto dolor, tanta sangre y tanto sacrificio costó ganar en la guerra.

Y volvamos a la primera de las ocasiones perdidas, que perdido parece también el hilo de esta conferencia. Regresaba Fernando VII del exilio. El pueblo desengachaba los caballos y arrastraba el regio carruaje. La Constitución cayó sin más lágrimas que las de sus autores. Y también allí se perdió la paz. Se prefirió el absolutismo al pensamiento tradicional. Y el absolutismo se reveló imposible y pocos años despues Riego se sublevaba en las Cabezas de San Juan.

Una vez más la historia escrita por los liberales fue la historia del engaño y la mentira. Pasemos por alto el baño de sangre que supusieron los seis años del gobierno absolutista y que de leer a esos historiadores no se comprende cómo aún pueden existir españoles dada la cantidad de antepasados que debieron de morir en las mazmorras fernandinas. La realidad, una vez más, era muy otra. Y los muertos, bien escasos por cierto, tenían merecimientos más que sobrados para ser pasados por las armas ¿O es que en aquella época se castigaba de otra manera al que sublevaba una guarnición o al que se apresaba intentando asesinar al rey? Quien lea a los historiadores liberales puede hasta derramar lágrimas viendo a unos generales jóvenes y románticos que morían fusilados al grito de Viva la libertad. Y si además existe la carta a la viuda, las lágrimas pueden convertirse en torrente incontenible. Pero la verdad es que delitos gravísimos eran juzgados con tal benignidad que la sublevación solía terminar sólo con el fusilamiento de la cabeza visible quedando impunes complicidades y apoyos manifiestos.

Pero volvamos a Riego y a su sublevación. Nada de un ejército que suspiraba por la libertad y anhelaba la vuelta de la Constitución. Todo fue mucho más simple. Y mucho más vulgar. El ejército expedicionario a América, el último esfuerzo de una patria exhausta por defender la integridad del Imperio, vió en Constitución y Libertad el pretexto para quedarse en la Península y a él se aferraron como si hubieran sido el mismísimo Argüelles. De nuevo tenemos en el poder a los liberales. Y vuelven a repetirse las muestras de su absolutismo y de su intolerancia.

Los obispos comienzan a recorrer de nuevo el camino del des-

Fundación Speiro

tierro: Fray Veremundo Arias Teijeiro, arzobispo de Valencia, Creus, arzobispo electo de Tarragona, el P. Simón López, de Orihuela, Ceruelo, de Oviedo, Castillón de Tarazona, Vélez, de Ceuta..., los monjes y los regulares vuelven a ser perseguidos y expoliados, el nuncio de nuevo puesto en la frontera, el obispo de Vich, asesinado al borde de un camino, el cura Vinuesa, en la misma cárcel de Madrid... Pero según los historiadores de siempre eso no era más que la justa reacción de un pueblo sojuzgado y que por fin se veía libre. Bastante bueno era que no hacía correr más la sangre. Hasta dónde llegaría el desorden que liberales tan conspicuos como Toreno y Martínez de la Rosa, dos de los más radicales revolucionarios del Cádiz de las Cortes, estuvieron a punto de perder la vida a manos de correligionarios más exaltados que ellos y que los consideraban ya poco menos que serviles y traidores a la causa de la libertad.

El rey, entre tanto, era un verdadero prisionero que cada vez que se mostraba en público era objeto de trágalas e insultos. Y entonces se produce un hecho que los lectores de historias liberales no conseguirán entender nunca. Un ejército francés cruza de nuevo los Pirineos. Aún no hacían diez años de la derrota definitiva de Napoleón y de aquella guerra cruelísima que enfrento a todo un pueblo, incluídos clérigos, ancianos, mujeres y niños, con los vencedores de Austerlitz y de Jena. Todo hacía suponer que ese mismo pueblo, ahora entusiasmado por la libertad recién conquistada y, además, no contando el invasor con el genio militar de Napoleón y, ni siquiera, con el de sus mariscales, derrotaría de nuevo, en esta ocasión en cuestión de días, al francés. Pues no fue así. Las tropas del duque de Angulema recorrieron España en un paseo triunfal. Los pueblos los recibían con flores y aplausos y prácticamente sin un disparo llegaron hasta Cádiz donde los liberales tenían prisionero al rey. ¿Cómo se explica esto? Muy sencillamente. El pueblo español, que había vuelto a la guerrilla, pero esta vez contra los liberales, veía en los Cien mil hijos de San Luis a unos libertadores. Y como a tales los recibió.

Ahí tenemos la segunda gran ocasión perdida de la España tradicional. El rey, repuesto en su trono, vuelve al gobierno absoluto y desatiende a las fuerzas tradicionales, es decir, a la totalidad del país. Mataflorida, que había encabezado la Regencia de Urgel, tiene que

Fundación Speiro

marchar al exilio. Los voluntarios realistas que debían ser el más firme sostén del trono, ven, día a día, como son postergados en beneficio de los mismos liberales, llegando incluso a ser perseguidos por ellos. La Inquisición no se restaura, pese al clamor unánime de los españoles. Y cada vez va creciendo más la desconfianza en el rey, y se ponen las esperanzas en su hermano Don Carlos, puesto que Fernando VII no tenía descendencia.

No he de tratar de la sublevación de los "agraviats" catalanes, en la que ya la España tradicional del Principado se enfrenta con las armas al régimen político de Fernando VII y que el mismo Fernando VII ahoga en sangre sin demostrar el más mínimo atisbo de clemencia para con quienes eran monárquicos y católicos convencidos. Y aquí tenéis otra constante de la historia liberal. Mientras los nombres de los fusilados de su bando son mitificados y elevados a la categoría de héroes: Lacy, Porlier, Richard, Riego, Torrijos, Mariana Pineda... los caídos por la España tradicional son tratados despectivamente por la historia y se procura que sus nombres desaparezcan cuanto antes de la memoria del pueblo. ¿Dónde están las calles de Rafí Vidal, de Alberto Olives, de Laguardia, de Bericart, de Magín Pallás, de Bosch y Ballester, de Narciso Abrés, de Vives, de Rebusté, de Bosoms...? Todos ellos fueron ejecutados por orden de Fernando VII. ¿Quién se acuerda hoy de sus nombres? ¿Quién conmemorará el año próximo los ciento cincuenta años de su muerte? ¿Quién habla de Josefina Comerford que, aunque no llegó a ser ejecutada, es una figura de una talla mil veces superior que la desvaída Mariana Pineda?

Este es un tema demasiado triste y que debe hacernos pensar en nuestras propias cobardías y debilidades. ¿Quién canta a nuestros muertos? ¿Dónde están las novelas, las obras de teatro, las poesías, los libros de historia que hablen de nuestros héroes? Desde don Santos Ladrón y aquel talaverano que se alzaron al grito de Viva don Carlos y que murieron por ello, que por aquel entonces era lo mismo que gritar ¡Viva la España eterna!, hasta los miles y miles que en 1936 cayeron asesinados por creer en Dios y amar a España, no ha habido causa en el mundo que tenga en el cielo más muertos gloriosos que la nuestra. Verdad es que han conseguido la mejor recompensa y

Fundación Speiro

que Aquél ante el cual no hay héroes anónimos habrá premiado con creces sus vidas y sus muertes. Pero, ¿y nosotros? ¿Cómo podemos olvidar tan irresponsablemente su heroísmo y su martirio? ¿Cómo no encendemos las claras miradas de nuestros hijos pequeños con esas historias de guerra y de amor y les calentamos el alma con unos ejemplos que harán que los amen y que tal vez algún día sean dignos de imitarles? Después nos quejaremos del extravío de nuestros hijos y de que militen en las filas de los enemigos de la religión y de la patria. Nuestra es la culpa porque no supimos darles, por respeto humano o por comodidad, ese Dios y esa España que tan bien conocíamos, pero que tan mal propagábamos.

Os decía en Santa Pola, en el Congreso del año pasado, algo que os voy a repetir, porque desde entonces nada se ha mejorado y sí se ha retrocedido. Y somos nosotros, los hijos espirituales de la España de la Cruzada que es la España de la tradición, quienes tenemos que mantener vivo lo que unos verdaderos Judas quieren enterrar para siempre. Y no me refiero tanto a los enemigos, que nos están dando una lección de cómo honrar a los muertos de su bando, sino a los que en teoría debían ser amigos y hora va siendo ya de que nos convenzamos de su traición y su apostasía.

Tenemos, pues, que abrazarnos con toda el alma a esa España católica y a esa pléyade de españoles, padres y madres de familia, jóvenes, ancianos, niños algunos, monjas, sacerdotes y obispos, asesinados por creer en Dios y por amar a la España de la tradición y que están reclamando por su virtud, por su heroismo y por su santidad en la hora suprema de la muerte, una canonización que por lo que se tarda está denunciando algo demasiado triste y demasiado vergonzoso. Porque es verdaderamente inexplicable, o si es explicable, peor, que así como se veneran a los innumerables mártires de Zaragoza, no podamos hacer todavía lo mismo con los que, moleste a quien moleste, son en toda justicia y algún día lo serán oficialmente, los innumerables mártires de la España de 1936.

En 1824, como en 1814 o en 1939, perdimos la paz. En otras ocasiones se perdió la guerra. Esto es en cambio más honroso cuando se puso en la batalla el valor y el sacrificio que puso la España tradicional en las guerras carlistas. Pero la España tradicional no pue-

Fundación Speiro

de morir y en nuestras manos y en nuestros corazones está el evitarlo. En la paz o en la guerra. Donde Dios disponga y la patria lo reclame.

Bastante os he cansado ya con este elemental repaso de historia. Para concluir, y como resumen, quisiera hacer hincapié en los siguientes puntos:

1) Los hechos a que nos hemos referido no están superados como el compromiso de Caspe o la expulsión de los musulmanes. Tienen la misma vigencia que cuando las Cortes de Cádiz o el abrazo de Vergara, porque responden a una lucha que no se ha decidido aún y que continuará hasta el fin de los tiempos. Es la lucha entre los que defienden los derechos de Dios y los que quieren una sociedad atea y desvinculada de la historia de este pueblo milenario. Y en esta lucha no podemos ser neutrales si no queremos renegar de nuestra fe en Cristo y de nuestro amor a España.

2) Pocas historias se han escrito más falsa y más sectarias que las de nuestros liberales sobre nuestro siglo XIX que a estos efectos puede prolongarse hasta días que son su lógica consecuencia.

3) La clasificación de la historiografía liberal en liberales y serviles o absolutistas es radicalmente tendenciosa y doblemente falsa. En primer lugar porque llama a los tradicionales absolutistas, que no lo eran en modo alguno aunque los excesos de los períodos liberales hicieran a algunos añorar como mal menor las épocas absolutistas de Fernando VII, sobre todo la que va de 1814 a 1820. Además es falsa también porque, aun en muy pequeño número, había también absolutistas, cortesanos halagadores de la voluntal del rey que se sentían tan incómodos ante los políticos liberales como ante los representantes del pensamiento tradicional.

4) Sería grave error para el pensamieno tradicional caer en el absolutismo para oponerse al liberalismo, pues tanto el uno como el otro se oponen de raíz a la concepción tradicional del hombre y de la política.

5) En estos momentos en que las monarquías absolutas han desaparecido, al menos de la Europa en que vivimos, no sólo siguen siendo válidas las razones que el pensamiento tradicional opone al liberalismo, sino que también conservan toda su vigencia las que ha esgrimido contra el absolutismo personificado hoy en los totalitaris-

Fundación Speiro

mos de cualquier signo que sean, bajo los cuales el hombre es verdaderamente esclavo, ya que los excesos de las monarquías absolutas son verdaderos juegos de niños en comparación con los totalitarismos modernos.

6) Tanto el liberalismo como el absolutismo son verdaderas dictaduras y el nombre, amable para los ignorantes, del primero no debe hacernos olvidar sus crímenes y sus excesos.

Esto es lo que os he querido, no enseñar, pues lo sabíais tan bien o mejor que yo, sino haceros meditar a mayor gloria de Dios y de España.

DE LOS TOPICOS A UNA DOCTRINA DEL CAMPO

por GIL MORENO DE MORA.

I. LOS TOPICOS DEL CAMPO: UNA VISION DEFORMANTE
II. SER SAGAZ CON EL PORVENIR
III. ¿REFORMA O RESTAURACION AGRARIA?
IV. LA REPRESENTATIVIDAD
V. COOPERACION E INTEGRACION
VI. DESCENTRALIZACION Y CENTRO
VII. EL CAMPO ENTERO
VIII. PROBLEMAS REPERCUTIVOS
IX. AGRICULTURAS DIFERENTES
X. UNA DOCTRINA DEL CAMPO (PARA EL CAMPO Y PARA TODA ESPAÑA)

72 págs. 100 ptas.

Fundación Speiro